

Preparemos juntos las lecturas del Domingo

Séptimo del Tiempo Ordinario (Ciclo A)

Primera lectura:

Levítico 19,1-2.17-18

Esta serie de mandatos pertenece al denominado "código de Santidad". En él se pone en correlación la santidad de Dios y el amor al prójimo, horizonte en el cual se va a situar el Evangelio que leeremos: "Sean Perfectos como el Padre" (Mt 5,48), una relectura del "Sean Santos porque yo, el Señor, soy Santo" (Lv 19,18).

Los rabinos de los primeros siglos hicieron notar que este texto está ubicado justo en el medio de la Torá, que es su centro.

Subrayemos dos aspectos.

Uno, la santidad de Dios

La santidad de Dios es su cualidad de "totalmente otro", de estar separado de todo lo que no es él. Mientras que la santidad humana consiste en el pertenecer a Dios y el ser designado como su propiedad "personal" (Éxodo 19,5-6; Deuteronomio 7,6; 14,2.21). Y aquí la santidad de Israel se logra por la obediencia a la Palabra-Ley del Señor.

Dos, el amor al prójimo como ejercicio de la santidad

Como explica el v. 18, guardar rencor estimula la venganza.

El amor al prójimo se explica como la renuncia a cultivar el odio, el valor de una palabra, la corrección fraterna, la renuncia a la venganza en cualquier forma.

No se trata de algo sentimental o afectivo, sino del considerar que mi prójimo se beneficia de la elección divina tanto como yo y que debo tratarlo con la misma fidelidad del Señor, quien hace alianza con su pueblo.

Es una mala interpretación hacer de la frase "a sí mismo" como la invitación a amarse para poder amar al otro. En realidad es un atender a las propias deficiencias, ese terreno común en el que nos encontramos todos.

Los comentaristas judíos se fijan en la etimología hebrea de la palabra "prójimo" ("rea"), la cual deriva del verbo "apacentar", "pastar". Prójimo no sólo es el cercano, es el que como yo pertenece al mismo rebaño, bajo el cayado del mismo pastor.

El amor al prójimo es la disposición íntima por la cual es posible que cada miembro del Pueblo de la Alianza adopte la actitud divina.

Para el "Código de Santidad", la santidad consiste en traducir al interior de nuestras relaciones la manera de ser de Dios, o sea, su santidad. Un arrodillarnos ante la fragilidad del hermano, tratarlo como lo hace Dios.

El contexto nos deja ver que no es un asunto Individual o privado, sino de una ética social práctica en el ámbito público, incluida la limpieza y efectividad del proceso judicial. Esto también es santidad.

Salmo 103 (102 en la liturgia)

"El Señor es compasivo y misericordioso" (v.8)

Dios se reveló a Moisés como el misericordioso (ver Éxodo 34,6).

Este salmo es una invitación a bendecir a Dios porque es santo y su santidad se revela en su misericordia, en la atención que presta al pecador y al vulnerable.

La santidad de Dios hace que su actitud hacia nosotros sea inusual.

El que es "compasivo ["rahamîm"] y misericordioso ["hannan"]" (v.8) "te corona de misericordia ["hesed"] y compasión ["rahamîm"]" (v.4).

Los pecados están lejos de él como el oriente del occidente (v.10), "así prevalece su misericordia ["hesed"] con los que le temen" (v.11).

¿Quién se podría haber imaginado que la santidad de Dios consiste en tratar así al pecador con una manifestación de pura misericordia?

Segunda lectura:

1 Corintios 3,16-23

En esta ocasión Pablo compara a la comunidad cristiana con un templo (3,16) y advierte que, porque es lugar de la santidad de Dios, este templo, o sea, la Iglesia, no se puede destruir y quien lo haga será juzgado con rigor (3,17).

Enseguida retoma la enseñanza sobre la sabiduría divina que hemos considerado en los domingos anteriores (3,18-23).

Detengamos en la comparación de la comunidad creyente con el templo del Señor.

Pablo toma este anuncio del templo habitado por el Espíritu de Dios de la profecía de Ezequiel 37,26-27.

Para un judío piadoso, el templo de Jerusalén era el signo visible de la presencia del Dios invisible y tres veces santo.

Ya en el judaísmo, no era raro decir que el verdadero signo de esta presencia no era el edificio de piedra, por hermoso que fuera, sino la gente congregada en asamblea litúrgica para cantar alabanzas.

Por tanto, decir que la comunidad era un templo equivalía a decir que allí donde está, su misión es ser el signo visible de la presencia y obra de Dios.

En nuestros pueblos y en nuestros barrios, nuestras asambleas dominicales, nuestras reuniones parroquiales para compartir la palabra de Dios, para orar, para servir a nuestros hermanos, todas estas reuniones son el signo visible de la obra invisible del Espíritu Santo que nos libera y capacita nosotros para orar y servir.

En cuanto al tema de la sabiduría (3,18-23), Pablo extrae para la comunidad la implicación del hecho de estar en el ámbito de la sabiduría de Dios: la sabiduría humana es vana (3,18-20).

Pongámosle atención a la frase: "Que nadie se gloríe en los hombres" (3,21).

¿Qué pasa cuando nos creemos sabios?

Cuando uno cree saberlo todo y está muy seguro de sus puntos de vista cae en la arrogancia. Ya no estamos en la Comunidad habitada por el Espíritu, sino en un foro de debate de cuestiones meramente humanas. Esta es la raíz de la división de las comunidades.

Y aquí entra el factor de los liderazgos.

De hecho, la arrogancia de algunos líderes está a la raíz de la división en Corinto (4,6.18).

De ahí que Pablo le argumenta a los corintios que necesitan reaprender que, en última instancia, pertenecen es a Dios y no al líder que los evangelizó y bautizó (1,13-17), quien solo estaba cumpliendo los propósitos de Dios (3,7.11; 4,1).

“Ustedes son de Cristo y Cristo de Dios” (3,23).

Por lo tanto, hay que gloriarse solamente en Dios (1,29.31).

Esto es lo que centra y renueva constantemente a la Iglesia en su caminar unida y con fuerza evangelizadora por las rutas de la historia.

Evangelio:
Mateo 5,38-48

Lo comentamos en sección aparte.

P. Fidel Oñoro cjm